

CAPÍTULO III

LA VIDA DE BURKE: LAS CINCO LUCHAS CENTRALES

Dado que la vida de Burke y el desarrollo de sus ideas llevan muchas interconexiones, es conveniente esbozar ahora la biografía de este político, que era un hombre tanto de acción y de estrategia parlamentaria, como de la oratoria y de la pluma.

Edmund Burke, irlandés, nació en 1729 en Dublín (o en la región natal, católica, de su madre a donde ella quizás se había trasladado con el fin de dar a luz, pero que, a causa de su arraigado catolicismo, no convenía indicar como lugar natal para un irlandés con la ambición de hacerse una carrera política o en la abogacía).²⁸

Pasó su infancia en íntimo contacto con el catolicismo de su madre, inclusive en la tierra natal de ella, pero su padre se había convertido a la Iglesia oficial de Inglaterra.

Edmundo, después de su paso por una escuela católica medio clandestina (un *hedge school* en la tierra natal de su

²⁸ En aquella época, un católico no podía desempeñar funciones públicas en Irlanda, ni trabajar como abogado y, además, sufría incapacidades en relación con la tenencia inmobiliaria. Se trata de supervivencias del violento intervalo republicano-teocrático cromweliano, y parte de la actividad parlamentaria burkiana se dirigía hacia la gradual eliminación de estos rasgos impuestos a su patria chica. Sin embargo, para tener éxito al respecto, Burke tuvo que evitar ser identificado demasiado claramente con Irlanda.

padre, o sea una escuela formalmente ilegal, al aire libre) estuvo unos años en una escuela de los quaqueros, o sea en una institución no católica, pero tampoco perteneciente a la religión oficial de Irlanda y de Inglaterra. Luego, con su admisión (1744) al Trinity College, de Dublín, donde reinaba la religión oficial, la anglicana, Edmundo pareció haber terminado su gradual curva desde el catolicismo de su mamá²⁹ hacia el *established church* de su padre; sin embargo, la “conversión” de su padre a la Iglesia oficial quizás ha sido motivada más bien por conveniencia de carrera que por convicciones religiosas, ya que en Irlanda, tradicionalmente tan católica, desde la derrota del rey “papista”, Jacobo II, en 1688, a los católicos les estaba vedado ocupar puestos públicos, o inclusive dedicarse a la abogacía. Por lo tanto, es posible que en realidad el hogar de Edmundo Burke haya sido más cercano al ambiente católico que era el de su madre y que había sido el de su padre, de lo que las apariencias pudieran sugerir.

De todos modos, como resultado de tales impresiones juveniles encontramos más tarde en Burke a un hombre que contempla con ecuanimidad las diferencias entre los diversos credos, y al lado de su insistencia en la necesidad de adherirse a alguna religión, a menudo nos sorprende su actitud positiva hacia las creencias no cristianas y su aversión de lo que en la

²⁹ Entre los familiares de su madre inclusive se habían encontrado conocidos *Jacobites*, y uno de ellos había seguido al rey católico depositado al exilio, en Francia, cuando en 1688 la *Glorious Revolution* de Inglaterra había creado una nación oficialmente anglicana bajo un rey constitucional. Sin embargo, el *Jacobismo* estuvo mucho más arraigado en Escocia (de donde los Estuardo, a cuya familia Jacobo II perteneció, había llegado) que en Irlanda. Aunque en la familia de la madre de Burke hubo una veta de jacobismo, no hay evidencia de una secreta corriente nostálgica de jacobismo en el hogar mismo de Edmundo Burke. En esta conexión es útil recordar la diferencia entre, por una parte, el “jacobismo” —la ilegal, quijotesca, lealtad de católicos fanáticos al exiliado Jacobo II y sus descendientes, los “pretendientes”, y por otra el “jacobinismo” de la Revolución Francesa, aquel radicalismo que soñaba con “ahorcar al último aristócrata con las tripas del último sacerdote”.

actualidad calificamos como “etnocidio” (o sea, la imposición de una cultura ajena a grupos étnicos sometidos a un gobierno que les ha llegado desde otra parte). Es raro, en aquella época, encontrar a personas influyentes y cultas en Inglaterra que considerarían la imposición del cristianismo a la India como un caso de etnocidio. Debe reconocerse que Burke, a este respecto, era un precursor de la sensibilidad que se ha perfilado tan notablemente en estos últimos años (en parte como reacción al “Año de Colón”).

Como estudiante estuvo sujeto a una sucesión de pasiones por diversas ramas de la cultura. En 1750 inició el estudio del derecho, en Middle Temple, Londres, pero pronto abandonó aquellas aulas, probablemente para hacer algunos viajes formativos,³⁰ —inclusive a Francia, durante la primera mitad de los cincuenta. Así se preparó para una existencia consagrada básicamente a las bellas letras y a la política (y la oratoria, en la que estas dos disciplinas se cruzan).³¹

Primero llamó la atención por una obra de 1757, *A Philosophical Inquiry into the Origin of our Ideas of the Sublime and Beautiful*, que contiene una visión esencialmente romántica, un poco mística, de la estética,³² pero luego puso sus dotes literarias al servicio de la política whiguiana. En este ambiente llegó a ser, no un ideólogo de gabinete, un erudito

³⁰ Estamos en presencia de un eco de aquella bella tradición medieval-gremial de los *Lehr und Wanderjahre*, los años de aprendizaje y vagabundeo, antes de arraigarse y volverse serio.

³¹ A veces encontramos a Burke mencionado como el “Cicerón británico”.

³² Esta obra ha sido alabada por conocedores contemporáneos, como eran Kant, Lessing (en 1773, Garve hizo una traducción alemana) y Diderot. Es un libro curioso, más bien romántico que clásico: Burke considera que las profundas sensaciones, la intuición de lo “sublime”, no nos llegan por el camino de la belleza ordenada, armoniosa—ideal del aristocrático siglo de la razón—sino por el impacto —con gran intensidad—de lo terrible, lo salvaje y primitivo: Dioniso en vez de Apolón. Este ambiente nos recuerda el *Sturm und Drang*, la sicología de “Tempestad y Tensiones” de la Alemania de la juventud de Goethe o Schiller. Tenemos en nuestra Biblioteca Nacional un ejemplar de una traducción al castellano por Juan de la Dehesa, publicada en 1807, en Alcalá: *Lo sublime y lo bello*.

de bata y pantuflas, al estilo de Locke, sino un político de casco y espada, firmemente arraigado en los problemas de la realidad y en las habilidades y los artificios de la estrategia parlamentaria: un escritor comprometido con la actitud de una facción especial dentro del partido —nada monolítico— de los whigs, precisamente la facción que después de una larga fase de decadencia del partido se había propuesto regenerarla, también desde el punto de vista moral e intelectual. El núcleo de esta facción, centrado alrededor del Marqués de Rockingham, ya pronto comprendió la importancia que para este grupo tendría este joven irlandés, aparentemente tan anglificado,³³ destacado por su gran cultura, su perfecto estilo literario,³⁴ y su llamativa capacidad teatral-retórica.³⁵

³³ Hay dudas acerca de la profundidad de tal anglificación, y el ambiente del hogar original de Burke quizás apunta hacia cierta discrepancia entre, *a*) el fondo católico-irlandés de Burke, y *b*) un consciente distanciamiento respecto del nacionalismo de su isla de origen: para ser más eficaz en su política de obtener tolerancia religiosa y la abrogación de las normas penales que discriminaban en contra de los católicos de Irlanda, no era conveniente que Burke se mostrara como nacionalista irlandés. Sin embargo, las caricaturas inspiradas por sus adversarios a menudo lo presentan en hábito de jesuita, con algunos atributos que apuntaban hacia Irlanda.

³⁴ Fue, no sólo por sus ideas, sino por la excelente forma literaria que Burke llegó a impresionar tanto a varios grandes literatos. Mencionemos en primer lugar al gran poeta laureado William Wordsworth (1770-1850) cuya veneración burkiana de las tradiciones vemos en su *Ode to Duty, Happy Warrior, Elegiac Stanzas*, etcétera, y que reconoce el impacto de Burke en su vida (sin embargo, dudo que su viraje al panteísmo, tan cercano al ateísmo, hubiera encantado a Burke). También S. T. Coleridge (1772-1834), ahora principalmente conocido por su *Rime of the Ancient Mariner* y *Kubla Kahn*, pero también un poderoso pensador de gran influencia en la cultura de su época, reconoce su deuda a Burke en cuanto a su filosofía política y es considerado un puente entre Burke y Disraeli. Es conocida la admiración que por Burke tuvo el Premio Nobel Yeats (el título de la mencionada obra de O'Connor, *The Great Melody*, procede de una referencia a Burke en un poema de Yeats).

³⁵ Ocasionalmente se le reprochaba exagerar los aspectos teatrales de su actuación parlamentaria, como cuando, a fines de su magna acusación contra Warren Hastings, exgobernador de la India, ante la Cámara de los Lores —¡un discurso de cuatro días delante de una sala llena y apasionada!— se dejó caer sobre su pupitre, vencido por la emoción provocada por los horribles hechos que tuvo que relatar. Sin embargo, las tremendas páginas que contienen aquel largo

Entre sus primeros productos político-literarios, Burke junta su respeto a la religión con su actitud whigiana, y de paso hace brillar en forma juguetona su gran talento literario: se trataba de una sátira de la ideología de Lord Bolinbroke, aquel Tory tan desconfiado de la religión como más tarde lo serían los jacobinos de la Revolución Francesa. En forma anónima, Burke escribió contra esta actitud una sátira tan fina que varios lectores no sintieron la ironía y consideraron la obra como una noble manifestación del pensamiento ¡que Burke precisamente estuvo criticando!³⁶

Luego vemos a Burke como editorialista, autor de reseñas y ensayos; y estas tareas acompañarían sus actividades parlamentarias durante unos cuarenta años (colaboró sobre todo con un culto anuario, el *Annual Register*, que él mismo había ayudado a fundar, por 1758).

Sus publicaciones y discursos tuvieron éxito, de manera que pronto se vio seleccionado como secretario particular de William Gerard Hamilton (puesto que ocupó de 1759 a 1765). El hecho de que este aristócrata luego recibiera una importante misión oficial en Irlanda, motivó el regreso temporal de Burke a su isla natal, donde encontró una situación de subyugación política y de exasperante opresión económica de

discurso siguen teniendo un profundo impacto emocional sobre un lector moderno (a pesar de que nosotros hayamos pasado por las revelaciones acerca del Holocausto y que a veces, en algún restaurante, *volentes volentes*, hayamos presenciado ciertas escenas de los incalificables programas sensacionalistas y sádicos de la televisión). Supongo que el impacto de aquel relato sobre miembros decentes de la alta burguesía británica haya sido megatónico, y el *feedback* de la emoción del público puede haber afectado las resistencias del orador mismo (una dama de la Corte se desmayó por la descripción de las atrocidades cometidas contra la población autóctona de la India, por órdenes de sus compatriotas bajo tolerancia de ellos).

³⁶ Se trata de *A Vindication of the Natural Society*: la primera edición (1756) fue publicada anónimamente, pero más tarde, el prólogo de Burke a la segunda edición (1765) aclaró la situación. Burke había sobrestimado la cultura literaria de la gran mayoría de los lectores, y había tomado la caricatura como una bella versión de lo criticado.

los irlandeses a manos de los ingleses. Esto empujó a Burke hacia el ideal de defender su “patria chica” y la “libertad” (no en el sentido de una libertad del individuo, resultado de derechos pretendidamente inviolables, sino más bien en el de una *autonomía* de grupos, como de los irlandeses y —más tarde— de los colonos norteamericanos).

Hamilton lo tuvo muy atado a su servicio, de manera que Burke —hombre de tantas inquietudes ideológicas e intelectuales— se rebeló, y se separó de su patrono. Pero ya pronto (1765) lo vemos de nuevo como secretario particular, esta vez del Marqués de Rockingham, del partido de los whigs, precisamente cuando Rockingham era, durante aproximadamente un año, primer ministro. Su íntimo contacto con este aristócrata duró hasta la muerte de éste, cuando de nuevo era jefe del gobierno, en 1782.³⁷

En aquel momento, los whigs estaban volando muy bajo, y la facción de Rockingham hacía grandes esfuerzos para la generación del partido. Rockingham era notablemente culto, pero algo tímido, de manera que su grupo estuvo feliz de descubrir a un brillante joven como era Burke, de gran cultura general, con mucha personalidad, audaz y capaz de fascinar públicos amplios mediante sus discursos, bien estructurados y pronunciados con todos los registros que tiene el órgano de la oratoria, desde la sentimentalidad hasta el sarcasmo y la violencia.

³⁷ Dos veces éste líder whiguiano, Rockingham, fue jefe del gobierno: primero durante aproximadamente un año, por 1765-1766, y luego por unos pocos meses, hasta su muerte, en 1782. A su primer gobierno se debe la revocación del *Stamp Act*, aquella manzana de discordia entre las colonias americanas y la Madre Patria. Desgraciadamente, la *Declaratory Act* que acompañaba aquel gesto conciliatorio, lo privó de su eficacia, ya que insistió expresamente en negar toda validez a la teoría lanzada por las colonias, de que no debe haber “taxation without representation”. De todos modos, Rockingham estuvo siempre inconforme con la guerra inglesa contra las colonias. Como era inepto como orador, para este aspecto de su labor política se apoyaba en Burke.

La vida política de aquel entonces se encontraba al final de una larga fase, que había arrancado desde la *Glorious Revolution* de 1688, y en el transcurso de la cual, gradualmente, el centro del poder británico se había trasladado desde la Corona hacia el Parlamento; pero durante muchos años de la vida política de Burke, Jorge III estuvo precisamente haciendo desesperados esfuerzos para frenar este desarrollo hacia el parlamentarismo, y para recuperar parte del terreno perdido, de manera que aquí encontramos un primera categoría de conflictos en la carrera de Burke: los esfuerzos de limitar el poder de la Corona en beneficio de la influencia del Parlamento. A una grave crisis al respecto, debemos los *Thoughts on the Cause of the Present Discontents*, de 1770, en cuya obra encontramos, *inter alia*, la definición que Burke nos presenta del concepto de “partido político”.

Así, el tema de la independencia del Parlamento estaba en el centro de la atención pública, y aquel corto periodo en que Rockingham estuvo por primera vez en el poder tuvo una consecuencia duradera para Burke, ya que debido a su conexión con aquel casi efímero gobierno de su patrono obtuvo un lugar en la Cámara de los Comunes,³⁸ y cuando, poco después, sobrevino la caída de Rockingham, de todos modos Burke conservó esta curul. Sin embargo, cuando terminó aquel mandato y Burke no logró reunir el dinero para comprarse otro periodo de representación de su *rotten burrough*, nuestro autor se lanzó a la lucha electoral para obtener la representación de Bristol, la segunda ciudad de Inglaterra, que era todo lo contrario de un “barrio pútrido”: un centro cívico

³⁸ No era todavía la Inglaterra dominada por un electorado burgués, que observamos después de la reforma de 1832: tradicionalmente, varios *rotten burroughs*, titulares de una representación parlamentaria que sobrevivía tenazmente a pesar de su significación entre tanto tan menguada, a menudo vendieron a la Corona o a políticos aristócratas esta facultad de tener a un delegado; por lo tanto, ciertos políticos con dinero a veces ayudaron a gente de talento y de confianza, pero de poco dinero —como Burke— para obtener las curules de tales “asentamientos pútridos” en la Cámara de los Comunes.

cuya representación en la Cámara de Comunes fue decidida mediante una franca polémica pública entre los partidos —y no mediante una vil subasta. Burke ganó aquella reñida diputación de Bristol, y así pudo continuar su vida parlamentaria, de 1774 a 1780, en representación de esta importante ciudad, como miembro de una cámara caracterizada en aquel entonces por un excelente nivel, tanto de cultura general como de la clásica³⁹ —un nivel que fue característico para la élite de la vida británica de aquellos días. Con altas y bajas, y con la necesidad de usar a veces sus escasas reservas financieras para la compra de la representación de un “barrio pútrido”, sus actividades parlamentarias se prolongaron durante casi treinta años, de 1765 a 1794 —hasta tres años antes de su muerte. En recompensa de sus servicios, la Corona le concedió luego una pensión, y la crítica que formuló el poderoso Duque de Bedford respecto de la (nada excesiva) generosidad de la Corona hacia Burke motivó una venenosa reacción de parte del beneficiado, con violentos argumentos *ad hominem*.

Se quedó fiel a la posición de la facción alrededor de Rockingham, y en su función de parlamentario, gracias a la magnífica construcción de sus discursos y momentos de vibrante pasión,⁴⁰ estuvo muy eficaz para propulsar importantes medidas whiguanas.

³⁹ La admiración que desde nuestros años escolares generalmente sentimos por la cultura de la Francia barroca y rococó, a veces opaca nuestro interés por la cultura inglesa del siglo XVIII, caracterizada por nombres como Newton (Harvey), Samuel Johnson, aquel monumento de cultura y perfecto virtuoso del arte de la conversación, y su biógrafo Boswell, Alexander Pope, Swift, Defoe, Gibbons, Adam Smith, Blackstone y Mansfield; pero la bella arquitectura georgiana, la típica arquitectura inglesa de jardines, pintores como Gainsborough, Reynolds, Romney o Constable e ilustradores como Rowlandshon, Hogaert o Gillray, y músicos como los transmigrados Handel o Johann Christian Bach, que florecieron en Londres: un mundo muy atractivo. Leyendo a Burke uno siente inmediatamente su sólida formación clásica, pero a este respecto no era una excepción, y encontraba en la Cámara de los Comunes una audiencia conocedora y apreciativa.

⁴⁰ Durante los momentos más emocionales de sus discursos, sus amigos a

Como parte de esta actividad publicó agudos ensayos sobre diversas crisis políticas, en que mostró su talento para situarse en la zona intermedia entre la práctica política y la politología —una capacidad especial a la que Laski se refirió en la frase que antes cité.⁴¹ Al mismo tiempo provocó a veces la indignación de ciertas facciones dentro de aquel partido tan polifacético que era el de los whigs. Finalmente, su violenta actitud en contra de la Revolución Francesa provocó un doloroso cisma entre Burke y James Fox,⁴² el líder de los whigs (que en realidad había aceptado a Burke como su mentor ideológico). Burke decidió separarse ruidosamente de Fox cuando éste no quiso seguirlo en su fanática oposición a la ideología jacobina, que Burke estuvo manifestándose cada vez más claramente en los acontecimientos en Francia.

A causa del gran prestigio de Burke, esta escisión dentro del partido, en mayo de 1791, debilitó considerablemente a los whigs y, después del ya mencionado fracaso del *India Bill* confirmó el ascenso de los tories, dirigidos por el joven William Pitt, que luego durante unas tres décadas conservarían el poder.

En los últimos años de su vida encontramos a Burke en compañía de otros importantes ex whigs que habían seguido su ejemplo, más o menos del lado de William Pitt: unos whigs disidentes, o inclusive quizás “neo-tories” bajo sus propias condiciones, una de las cuales era, para Burke, la negativa del

veces tuvieron que jalarlo de los faldones de su casaca para frenarlo (B. W. Tuchman, *La marcha de la locura*, México, FCE, 1989, p. 176). Sin embargo, algunos elementos del público se molestaron por su acento irlandés; probablemente, Burke estuvo tan seguro de haber sido absorbido de manera total por el ambiente inglés, que consideraba no tener por qué ocultar su origen irlandés.

⁴¹ Evidentemente, etnocidio es la destrucción de una cultura étnica, a diferencia del genocidio que se refiere al intento de destrozar seres humanos pertenecientes a ciertas etnias.

⁴² Para esta figura poli-interpretable, véase el apéndice 2 al presente estudio.

gobierno inglés de celebrar una paz “regicida” con la Francia —aunque ya bastante calmada— del termidorismo.

Regresemos, empero, hacia los sesentas, cuando Burke estuvo todavía firmemente arraigado en el partido de los whigs.

En la creciente tensión entre Inglaterra y sus colonias americanas encontramos a Burke (junto con otros importantes whigs) fundamentalmente del lado de aquellas colonias (algo que, en el caso de él, quizás era en parte un reflejo de su oculta identificación emocional con Irlanda). Inclusive, en 1771 fue nombrado agente inglés de los intereses de Nueva York, que era el núcleo económicamente más fuerte de aquellas colonias.

Fue éste el segundo gran conflicto al que Burke dedicó sus talentos, y algunas de sus más elocuentes páginas en defensa de la causa de las colonias americanas se encuentran a menudo como literatura obligatoria en las escuelas enseñanza media-superior en los Estados Unidos.⁴³

En relación con esta larga crisis encontramos lo mejor de Burke⁴⁴ en forma de discursos bien estructurados, con buenas ilustraciones de su espíritu de compromiso, y su reconocimiento realista de que aquellas colonias ya debían ser consideradas políticamente “adultas”, y que, en caso de irritarlas excesivamente mediante impuestos decretados por órganos en las cuales no estuvieran representadas, el mismo anhelo de libertad que había impulsado a los colonos a salir de Inglaterra (a menudo para poder practicar libremente la religión de su preferencia) podría impulsarlos ahora a abandonar la unión con una metrópoli que las humillara.⁴⁵

⁴³ Existen varias antologías especiales de las páginas de Burke sobre la independencia de las colonias americanas, por ejemplo, *Burke: Speeches and Letters on American Affairs*, Londres, 1908, 1961.

⁴⁴ Por ejemplo, su espléndido discurso del 19 de abril de 1774.

⁴⁵ Una descripción eminentemente legible de la secesión de estas colonias se debe a Barbar W. Tuchman, en su *The March of Folly* (New York, 1984; hay una

En otro nivel de sus actividades lo vemos en la alta burocracia, donde dejó sus huellas en importantes medidas de aerodinamización administrativa. Inclusive los adversarios de Burke en estas actividades, como cuando tomó medidas de economía, muy razonables, pero por las cuales, de paso, se menguó su propio salario.

Llegó a interesarse cada vez más por la administración de la India, primero oponiéndose a cualquier reforma que hubiera aumentado el poder de la Corona dentro de la compañía semipública de las Indias orientales. En esta fase, la actitud de Burke estuvo todavía dominada más bien por el miedo a un incremento de la influencia de la Corte, que por su indignación por la chocante explotación a que la población de la India había sido sometida, entre las garras de empleados de la compañía, a menudo jóvenes, que con una actitud de *hit and run* frecuentemente lograron acumular allí una fortuna considerable, mediante prácticas inconfesables y obrando generalmente muy en perjuicio del proletariado indígena. Al comienzo de los ochentas, la sensibilidad de Burke hizo un viraje en contra del sistema colonial como tal, gracias a un estudio minucioso de documentos acerca de la administración de la India. Comenzó a ver el diabólico sistema por el cual, usando elementos de la élite autóctona de la India como instrumentos, la compañía, y muchos de sus empleados que estuvieron intrigando en bien de su propio bolsillo, estuvieron exasperando a las grandes masas de la India, exprimidos por su aristocracia local, que a su vez fue exprimida por la compañía. Este fatal sistema a menudo causó movimientos

traducción castellana en el FCE de 1989, bajo el título de *La marcha de la locura; la sinrazón desde Troya hasta Vietnam*. Esta crisis es narrada en el capítulo largo (lo cual en este caso significa que ofrece un largo deleite): “Los ingleses pierden Estados Unidos”, pp. 121-220. La actitud básica de Burke en este conflicto era que delante de problemas de esta importancia histórica, no convenía pensar mezquinamente en la pequeñas ventajas de hoy y mañana: “Un gran Imperio y mentalidades chiquitas no riman”.

de rebeldía popular que luego fueron reprimidos con una crueldad excesiva. El líder que desde la cúspide estuvo organizando o tolerando esto, fue el gobernador general Warren Hastings, y por muchos años la enorme energía de Burke se orientó hacia dos fines: el de castigar a Hastings y su grupo, y el de reorganizar la compañía (pero sin aumentar en ella el poder de la Corona), para evitar que en lo futuro pudiera volver a presentarse una situación tan inhumana como la que bajo sus pacientes investigaciones se le estuvo revelando, y de la que confesó que, sabiendo lo que ahora sabía, le era “difícil hablar, pero imposible callarse”.

En aquellos años, Burke había llegado a ser un hombre muy conocido, apreciado por las facciones principales de los whigs, y temido, aunque generalmente respetado, por los tories. Inclusive por algún tiempo era miembro de un gabinete, aceptado por el Rey, a regañadientes, en vista del ambiente dentro del Parlamento

A fines de 1783 invirtió su enorme conocimiento detallado de la India y de la Compañía en el texto del *India Bill* (aunque, formalmente, su amigo James Fox, líder de los whigs, figuraba como el autor), y lo defendió en la Cámara de los Comunes mediante uno de sus más famosos discursos —un ejemplo de buena estructura, de alto nivel literario, y de gran cultura, en combinación con una retórica impresionante.

(Personalmente siento cierta aversión hacia la oratoria; tiendo a considerarla una técnica incompatible con las necesidades y el espíritu de nuestra época, para decir con muchas palabras —a menudo altisonantes, pero no por esos siempre semánticamente correctas—, lo que gente sensata dice más claramente con unas pocas palabras. Raras veces la oratoria me conmueve; su único efecto sobre mí suele ser el de un cruel aburrimiento que, éste sí, puede moverme a lágrimas. Sin embargo, en unas pocas ocasiones —muy pocas—, leo páginas retóricas que me hacen dudar si mi odio de la oratoria no es demasiado absoluta, y si no debería quizás distinguir

entre mala oratoria —el caso común y corriente— y buena oratoria, un fenómeno efímero y rarísimo, pero no imposible *a priori*. En realidad, me gustaría que la máquina del tiempo me regresara a aquellos discursos burkianos de 1783 y 1784 sobre los problemas de la India, para poder sentir las vibraciones de emoción —y a menudo de furia— que aquellos discursos estuvieron provocando en la Cámara de los Comunes. Obviamente hubo protestas, y en estos discursos encontramos frases espontáneas, *ad hoc*, generalmente muy acertadas, que Burke no puede haber puesto en el texto que había preparado en el silencio de su gabinete de estudio. Pocas personas habrán podido quedarse insensibles a las imágenes y la vibrante indignación que Burke puso en estos discursos, y como resultado, el proyecto de ley fue aprobado por gran mayoría en la Cámara de los Comunes; pero luego en la Cámara de los Lores el texto fue derrotado; es que Jorge III había hecho saber a sus miembros que consideraría un voto favorable por cualquier miembro de esa Cámara como una muestra personal de enemistad hacia él —y en aquel momento, la Corona era todavía la fuente de muchos importantes favores económicos..., un ejemplo de una indebida influencia de un poder en las funciones de otro, facilitada por el hecho de que la Corona todavía tenía la llave para varias canonjías bien pagadas, cuyo control debería corresponder al Parlamento.)

La derrota de la Ley sobre la India fue un triunfo personal para Jorge III, y lo aprovechó para pedir la dimisión del gabinete whiguiano (fue en aquella crisis, provocada por el proyecto legislativo de Burke, que comenzó a surgir la estrella del gran líder de los tories, el joven William Pitt, con el cual Burke encontraba a veces plataformas comunes, aunque la ocasional colaboración entre ambas personas siempre estaría algo desconfiada).

La derrota en materia colonial, y unos años después la escisión dentro del partido, a causa de la controversia entre

Burke y Fox acerca del verdadero carácter de la Revolución Francesa, costó a los whigs el liderazgo político por más de una generación.

Burke y sus amigos temieron que con esto tuviese que posponerse la lucha por una suavización del régimen colonial en la India y que, por lo pronto, no se lograría abolir el nefasto régimen colonial que hasta entonces la Compañía de las Indias orientales había manejado, y que, de acuerdo con aquel proyecto de la ley naufragada, debería pasar a manos de una comisión estatal con un alto grado de autonomía.

Pero la situación resultó ser menos deprimente, y desde el ángulo de la oposición Burke y sus amigos continuaron con bastante eficacia la lucha para la moralización de la política hacia la India.

Obtuvieron la destitución de Hastings, pero la victoria no iba a ser completa, ya que Burke y su grupo fueron derrotados en sus intentos de ver a Hastings castigado. Desde 1785 Burke se convirtió en el alma del grupo que pidió la—probablemente muy justificada—persecución penal del poli-interpretable Warren Hastings, que a nombre de la Compañía ya desde 1772 había maltratado a los habitantes de la India.

Burke no tuvo éxito con su petición de que, en materia probatoria no se aplicara el complejo sistema del *common law*, y que en un caso en que los ojos del mundo estuvieron fijados en los vaivenes de un proceso en que se trataba de crímenes cometidos en perjuicio de treinta millones de asiáticos, se usara un sistema evidencial basado en el sentido común. Tampoco tuvo éxito con su argumento de que una persona pudiera ser condenado por delitos cometidos por la organización que encabezara, aunque él mismo no los hubiera cometido u ordenado, siempre que hubiera podido y debido enterarse de aquellos actos, sin luego prohibirlos.

Durante nueve años hastings tuvo que defenderse en aquel fórum; el acusado fue finalmente absuelto en 1795 por la Cámara de los Lores, en su capacidad de tribunal supremo

para tales casos —una decisión que obedeció más bien a presiones políticas que a objetivos conceptos justicieros. De todos modos, en los gastos del litigio Hastings había agotado su enorme fortuna, y tuvo que terminar su vida viviendo de una pensión otorgada por la Corona.

A pesar de esta aparente pareja de fracasos, primero en relación con el proyecto del ley, y luego en este litigio, el plazo que se había levantado alrededor del “caso Hastings” y de la dura explotación de treinta millones de indígenas, ha contribuido a fortalecer las corrientes humanitarias en la política británica hacia sus colonias, y como esto se debía en gran parte a la poderosa pluma de Burke y su magnífica oratoria, él ha sido comparado, inclusive, con aquella benemérita figura en el campo de la lucha contra el colonialismo, tan conocida en nuestro ambiente, que fue Bartolomé de las Casas. Comparando las vidas de estos dos pensadores-activistas, esto puede parecer exagerado, pero no puede negarse que ambos estuvieron animados por el deseo de acabar con el colonialismo, o, cuando menos, de introducir más honradez y humanitarismo en la política respectiva (cabe observar que la moderna tendencia de criticar el etnocidio,⁴⁶ como vicio implícito en todo colonialismo, estuvo todavía ajeno a Las Casas, pero de ningún modo a Burke, como veremos).

En esta larga y polifacética lucha encontramos el tercer gran conflicto en el cual Burke jugaba un papel central.

Paralelamente con estas controversias, Burke estuvo luchando (y no en balde) para que Irlanda obtuviera una posición económica más equitativa dentro del conjunto británico y una mayor autonomía; y, además, para que cesara la intolerancia hacia los católicos irlandeses: una cuarta categoría de luchas en la vida oficial de Burke;⁴⁷ pero todavía durante

⁴⁶ Dispéñseme el lector si una vez más insisto en la diferencia entre genocidio y etnocidio: véase arriba la nota 5 del “Prefacio”.

⁴⁷ Irlanda obtuvo, efectivamente, una considerable independencia legislativa.

estas polémicas (coronadas por ciertos éxitos) Burke encontró otro blanco para su elocuente indignación y un motivo para las diatribas que más contribuirían a su imagen póstuma (a menudo muy en detrimento de su popularidad): fue la Revolución Francesa, la *bete noire*, que le proporcionaría oleadas de adrenalina durante sus últimos ocho años: la quinta rama de sus actividades polémicas.

Al comienzo de dicha Revolución, muchas personas sensatamente liberales alrededor de Burke vieron aquel evento con cierta simpatía, interpretándolo como una versión francesa de la *Glorious Revolution* de Inglaterra, de 1688, cuya veneración era artículo de fe para los whigs.

En cambio, todavía durante la fase liberal del movimiento francés, Burke, inquieto por la “ceguera” de tantos ingleses⁴⁸ quienes, por lo demás a menudo compartieron varias de sus ideas whiguianas, comenzó a combatir este evento en forma violenta, como vemos en su obra actualmente más conocida, las *Reflexiones sobre la Revolución en Francia*, de 1790. Más tarde,⁴⁹ cuando, efectivamente, la situación en Francia se desquició en forma total, y los moderados y liberales de

⁴⁸ La ira de Burke se dirige sobre todo contra la *Constitutional Society*, una agrupación con muchos whigs, que propugnaba causas progresistas, como la abolición de la esclavitud, o la liberación de Grecia. Al lado de esta agrupación, que contemplaba la Revolución Francesa con admiración y ternura, Burke de nuncia la actitud irresponsable de la *Revolution Society* (cuyo nombre apunta hacia la *Glorious Revolution* de 1688, no hacia los acontecimientos franceses de 1789). Según Burke, ella era como una agencia propagandística en Inglaterra, de la Revolución Francesa. Esta sociedad había enviado un mensaje elogioso a la Asamblea Nacional, que había surgido de los acontecimientos del otoño de 1789, y esta comunicación había estado basada en un discurso del doctor Richard Price, sacerdote *non-conformista*, al cual Burke critica demoleatoriamente al comienzo de sus *Reflexiones*...

⁴⁹ Esta obra provocó una contestación de parte de Thomas Paine: *The Rights of Men*, de 1791-1792; desde el moderno nivel de observación resulta interesante comparar la actitud de Paine, optimista y un poco infantil, con la prudente, matizada posición de Burke, que consiste en alabar las revoluciones que guarden conexiones esenciales con la tradición y observen el requisito de moderación, pero en rechazar toda revolución radical, total, basada en una teoría retórica y simplista.

Inglaterra ya comenzaron a ponerse nerviosos por el cariz que los acontecimientos franceses estuvieron tomando, vemos cómo Burke, con un aire de triunfo por haber tenido toda la razón con sus profecías de Casandra, insistió ante William Pitt en la formación de una alianza militar-religiosa, bajo el liderazgo de Inglaterra, para erradicar las consecuencias de aquella Revolución.⁵⁰ Sin embargo, Pitt, esencialmente pacífico e idealista, no se dejó convencer, y si luego Inglaterra se vio empujada hacia confrontaciones militares con la Francia napoleónica, no se trataba de algo que había sido del gusto de Pitt (cuyo brillante manejo de la política en tiempos de paz contrastaba con la debilidad de su política militar; son sus fracasos durante la fase bélica los que finalmente llevan a Pitt, hombre recto, frío, arrogante y talentoso, hacia la tumba, en un ambiente de popularidad menguante; pero Burke ya no tuvo la dudosa satisfacción de poder contemplar aquella nueva confirmación de la sensatez de sus consejos).

Los últimos años de Burke estuvieron dedicados a su fanática aversión del jacobinismo francés, y su temor que éste, con ayuda de ciertos grupos de su patria (inclusive de Irlanda) tomara el poder en Inglaterra. Inclusive encontramos en su testamento instrucciones para un entierro casi clandestino, en una tumba anónima, para que sus enemigos, después de su eventual triunfo, no pudieran desacar sus huesos.

En 1794, tres años antes de morir, Burke consideraba que con la liquidación del asunto Hastings, ya había terminado la labor que todavía tenía pendiente en el Parlamento; se retiró de la Cámara de los Comunes, y obtuvo que su único hijo, Richard, cuidadosamente preparado para una carrera política e imbuido de las ideas de su padre, ocupara su curul; sin

⁵⁰ Tal alianza hubiera sido comparable con lo que más tarde fue la Santa Alianza para el restablecimiento del *Ancien Régime* (una colación, empero, en la que Inglaterra, poder no católico, nunca participó).

embargo, a los pocos meses Richard se murió —un golpe tremendo para el padre, el cual, además, tenía mala salud y estuvo cada vez más preocupado por el desarrollo de los acontecimientos en Francia.

A su fase final debemos todavía su *Letter to a noble Lord* (1796). Es que la actitud de Burke hacia la Revolución, que primero había molestado a la Corte, pero que luego resultaba contar con buenos argumentos, había cambiado la actitud del Rey hacia su tradicional adversario, de manera que Jorge III, sabiendo que Burke siempre vivía en la orilla de problemas financieros, le había otorgado una pensión en recompensa de su larga y honesta labor pública; pero luego, en dicha carta abierta Burke tuvo que defender este favor contra ataques de parte de dos representantes de la alta aristocracia —algo que hizo con fuerza y sarcasmo (la obrita tuvo mucho éxito y pronto alcanzó trece ediciones).

Y después de esta publicación *pro domo*, nuestro autor escribió su última obra importante, en parte publicada póstumamente: cuatro *Letters on a Regicide Peace*, escritas para desanimar al gobierno de Pitt a celebrar la paz con una Francia que, a pesar del Thermidor y del gobierno aparentemente decente del *Directoire*, en opinión de Burke seguía siendo un lobo jacobino, temporalmente disfrazado de corderito.

Luego de una larga fase de debilitamiento, el 9 de julio de 1797, Burke se murió en su cómoda residencia rural, acompañado hasta el final por las figuras culminantes del amplio grupo de los whigs, que se habían declarado en contra de las ideas de la Revolución Francesa.

A este grupo de amigos, empero, ya no quiso admitir a Fox, líder de lo que quedaba de los whigs después de la salida de Burke y sus adeptos. Es verdad que Fox había sugerido un acercamiento —a la edad de él y de Burke, los rencores son equipaje molesto—; pero Burke no accedió a estas sugerencias, a causa de las equivocadas interpretaciones políticas a

las que tal reanudación de este vieja amistad podría dar lugar: tenía miedo que tal reconciliación, por grata que le hubiera sido personalmente, pudiera perjudicar a la creciente ideología adversa a la Revolución Francesa y que posiblemente favoreciera la posibilidad de una paz con un país que había cometido horrores que en su opinión eran imperdonables. Es verdad que el jacobinismo oficial se encontraba temporalmente suavizado bajo el régimen del *Directoire*,⁵¹ pero Burke opinaba que en cualquier momento el radicalismo pudiera resurgir y afectar su propia Inglaterra (e inclusive su propia Irlanda, siempre expuesta a invasiones desde Francia, que allí pudieran ligarse a grupos descontentos irlandeses).

Durante estos últimos años, Burke, cada vez más débil y “sintiendo el helado soplo de la muerte sobre el sudor de [su] enfermedad”, era víctima de una larga depresión inquietante, probablemente resultante de varias circunstancias.

Una invasión francesa en Irlanda había fracasado, pero esto se debía a una tormenta, y no a la diligencia del gobierno, y cualquier próximo intento podría dar resultado y seducir a muchos de los sufridos irlandeses, en cuyo caso la lealtad de Burke con Irlanda se encontraría en oposición a su amor por Inglaterra.

La muerte de su único hijo (“mi desgracia doméstica”) seguía afectándolo mucho. Además, la enorme circulación en Inglaterra de *The Rights of Men* de Thomas Paine⁵² —aquel elocuente anti-Burke—, era una decepción para él (Paine y él hasta aquel momento se habían llevado bien) y también le era dolorosa la absolución de Hastings, todavía más penosa por el hecho de que éste, reducido a un estado de penuria, recibiera ahora una pensión del erario, muy superior a la que

⁵¹ En aquella fase, la antigua fórmula revolucionaria de *liberté, égalité, fraternité* se vio sustituida por la de *liberté, égalité, sécurité et propriété* (1795): la revolución ya estaba aburguesándose...

⁵² Dos volúmenes, 1791-1792. Hay numerosas reediciones. He usado la que apareció en la serie Pelican, 1969, con introducción por H. Collins.

Burke mismo había obtenido. Además, estuvo obstinado en su idea de haber fallado en su deber humano hacia millones de oprimidos en la India. Todo esto lo guardaba en un pardo estado de melancolía.

Encontró cierto consuelo en la compañía de su brillante grupo de amigos, y en la fundación de un colegio especial para jóvenes irlandeses, con los cuales convivía a veces cordialmente.⁵³

En tiempos de su muerte, sus contemporáneos seguramente vieron el resultado de la vida de Burke bajo una luz más favorable de lo que su propio estado de ánimo le permitió. Se podía considerarlo un hombre de muchos medio-triunfos: había hecho surgir una corriente ética en la política colonial, aunque no había podido obtener la condena de Hastings; había ayudado a obtener para su patria chica (Irlanda) un tratamiento más equilibrado, con cierta autonomía y con tolerancia hacia el catolicismo (Catholic Relief Act, de 1778 seguido por otras medidas que suavizaron el sistema represivo de los católicos irlandeses; inauguración del Seminario Maynooth, católico aunque con ayuda financiera estatal, 1795), pero había fracasado en su actitud conciliatoria hacia las antiguas colonias americanas (cuyos problemas habían tenido cierta semejanza con los de la maltratada Irlanda); había ayudado a fortalecer al partido de los whigs y contribuido a guardar un equilibrio entre la Corona y el Parlamento, pero luego, por su radical rechazo de los principios jacobinos, había provocado una escisión dentro de su propio partido, a causa de la cual estos whigs quedaron en un plan secundario por una generación entera.

Este panorama presenta, por lo tanto, un interesante equilibrio de fracasos y triunfos, productos de una existencia polifacética, vivida con intensidad, llena de actividades prácticas e ideológicas, cuyo alto nivel cívico y moral fue recono-

⁵³ Durante sus últimos meses su familia logró ocultarle las noticias sobre una ruda humillación de que estos estudiantes habían sido víctimas.

cido ampliamente por partidarios y adversarios,⁵⁴ como también su impresionante cultura general y su llamativo talento por estructurar y presentar discursos.

En el momento de su salida del escenario, parecía que sus ideas políticas no habían convencido a las mayorías relevantes para la vida política de aquel entonces; pero importantes políticos (Metternich, cuyo asesor F. von Gentz tradujo las *Reflexiones...*, Disraeli, Gladstone, y W. Churchill, cuya contribución a la evaluación de Burke es notable)⁵⁵ y escritores decimonónicos y modernos (De Maistre, Ortega y Gasset, Spengler), y un observador moderno podría añadir a estas huellas dejadas por Burke la crítica que hizo Burke del aspecto de “etnocidio” dentro del colonialismo, y su sensibilidad por los sufrimientos de las masas extra europeas. Aun si su indignación por la deprimente condición de “los de abajo” no siempre vibra como la de Marx y otros autores posteriores, cuando menos en la época de Burke esta sensibilidad era poco común entre políticos británicos, que en general contemplaron con satisfacción patriotista el éxito de la industrialización y la grandeza del Imperio, sin mostrar un especial interés por el cruel anverso de la medalla.

⁵⁴ Lo único que algunas veces ha sido criticado en su actuación fue una actitud demasiado tolerante hacia algunos miembros de su familia, que luego no siempre se comportaron con la misma nobleza y rectitud que siempre ha caracterizado a Burke (el cual inclusive ha propugnado medidas económicas que luego disminuyeron sus propios ingresos, sin que nadie jamás haya sugerido que Burke luego tratara de compensar tal pérdida por dudosas ganancias compensatorias). A este respecto Burke perteneció a la misma categoría de William Pitt, que a pesar de tantas oportunidades de enriquecerse, siempre se comportó con una ostensiva honradez, muriendo —en pleno ejercicio del poder— en condiciones financieras tales que el Parlamento tuvo que tomar medidas especiales para evitar a la memoria de un político fundamentalmente apreciado por amigos y enemigos, la deshonra de una quiebra de sucesión.

⁵⁵ Véase su *Consistency in Politics*, en *Thoughts and Adventures*, Londres, 1932.